

CONVERSACIONES  
CON  
**MARCIANO  
VIDAL**

A CARGO DE **JOSÉ MANUEL  
CAAMAÑO**



CONVERSACIONES CON  
MARCIANO VIDAL,  
a cargo de JOSÉ MANUEL CAAMAÑO LÓPEZ



Diseño de cubierta: Estudio SM

© 2016, Marciano Vidal, José Manuel Caamaño López

© 2016, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

[ppccedit@ppc-editorial.com](mailto:ppccedit@ppc-editorial.com)

[www.ppc-editorial.es](http://www.ppc-editorial.es)

---

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	5
PRIMERA PARTE. ORÍGENES, VOCACIÓN RELIGIOSA Y TEOLÓGICA .....	9
SEGUNDA PARTE. EL CONCILIO VATICANO II Y EL POSCONCILIO .....	37
TERCERA PARTE. TRAYECTORIA ACADÉMICA. OBRA TEOLÓGICA .....	61
CUARTA PARTE. PERTENENCIA ECLESIAL. DIFICULTADES .....	131
QUINTA PARTE. LA IGLESIA. SITUACIÓN ACTUAL Y FUTURO .....	179
COLOFÓN. EL CREDO QUE DA SENTIDO A MI VIDA .....	195

## INTRODUCCIÓN

En el prefacio de Rosino Gibellini a la entrevista que el periodista italiano Francesco Strazzari le hizo a Edward Schillebeeckx en 1993, y que llevaba por título *Soy un teólogo feliz*, calificaba al gran dominico belga como un teólogo de frontera, y añadía que «lo que unifica la cultura en la época moderna y contemporánea es la búsqueda no de una salvación exclusivamente religiosa, como podía darse en épocas pasadas, sino la búsqueda de una humanidad sana, íntegra y digna de ser vivida». Tales palabras bien podrían ser aplicadas también a la obra y a la persona del teólogo moralista español Marciano Vidal.

Nacido en San Pedro de Trones –un pueblo de la provincia de León dedicado fundamentalmente a la explotación de la pizarra– en 1937, desde muy pronto Marciano Vidal ingresó en la vida religiosa, y ya con 12 años la Congregación del Santísimo Redentor empezó a convertirse en su familia eclesial, y su carisma ha marcado su vida hasta el día de hoy. Pero Vidal no es únicamente un religioso ni un sacerdote, sino uno de los teólogos más representativos de la renovación teológico-moral de las últimas décadas. No en vano ha ejercido una importante labor docente y académica durante una gran parte de su vida impartiendo clases, cursos y conferencias o dirigiendo numerosos trabajos de investigación y tesis doctorales, pero además es también un escritor prolífico, con

más de cincuenta libros y unos cuatrocientos artículos publicados.

Por eso, si hay algo que destaca en la persona de Marciano Vidal, además de su religiosidad, su sencillez y su carácter siempre alegre, es el hecho de ser un trabajador empedernido al que no le gustan las distracciones superfluas. Su lugar más habitual es la biblioteca y un cuarto lleno de papeles, notas y referencias sobre las cuales ir construyendo una obra que pueda ser útil a toda aquella persona interesada en las diferentes áreas de la teología moral, pues no solo las ha abordado todas, sino que con él se han formado cientos de personas a lo largo de los años. Incluso ahora, ya jubilado de toda institución académica, sigue haciendo eso que siempre ha hecho: trabajar en la única compañía de sus libros y papeles.

Marciano es un cura, un religioso... pero es también un profesor y un teólogo. Y es además un teólogo no neutral, alguien que desde muy pronto hizo una opción muy clara por renovar la teología moral desde las orientaciones del Concilio Vaticano II. Y su opción fue clara: la de apostar por lo humano en su sentido más radical, porque es así como él descubrió también la auténtica importancia de la trascendencia o, como a él le gusta decir, de la «teologalidad» de toda la vida moral. Por eso, desde el espíritu de la tradición alfonsiana, toda su teología no es sino una teología a favor de la persona, una moral marcada profundamente por la benignidad pastoral y la misericordia, una teología moral, en definitiva, que busca más la salvación que la condena y que confía más en un Dios que es Padre que en aquel que únicamente es Juez.

Pero optar claramente por algo puede tener sus problemas, sobre todo cuando el que opta lo hace en campos move-

dizos y fronterizos, y cuando además lo hace sin evitarlos por miedo y con libertad. Y también Marciano Vidal los ha tenido. Ha sido el centro de muchas alabanzas, pero también ha sido objeto de críticas y ataques, hasta ser sometido durante varios años a un proceso doctrinal de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Ha tenido que reaccionar, y lo ha hecho sin acritud, con serenidad, intentando siempre no ser hiriente en sus palabras, a pesar del dolor que le ha causado, personal e institucionalmente. Y, sobre todo, ha seguido haciendo lo que en conciencia creía que debía hacer, que no es sino continuar trabajando y realizando esa misión para la que Dios le ha llamado y para la cual tiene cualidades. Siempre ha sido y sigue siendo un teólogo de frontera que busca orientar de la mejor forma posible esa humanidad sana y digna de ser vivida.

Si lo ha conseguido o no, sus lectores podrán decirlo. Personalmente conocí a Marciano Vidal en el año 2000, cuando estaba de profesor de Moral fundamental en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas, y desde entonces siempre hemos tenido una buena relación, tal vez por nuestra proximidad galaica. Además me ha interesado su obra y la conozco. Y este es el motivo por el cual la editorial PPC, en la persona de Luis Aranguren, consideró que yo podría ser el interlocutor de esta conversación, una idea que al propio Marciano le agradó. Y así fue.

Hace años que vive en una casa de los Redentoristas en el centro de Madrid. Y allí fui a verlo varias veces. Recorrí sus pasillos, su comedor, me enseñó la capilla, su cuarto e incluso pude ver el archivo que guarda con la documentación y la correspondencia que ha tenido con diferentes personas e instituciones a lo largo de los años. Pero sobre todo nos sentamos y hablamos de muchas cosas de su vida

ante una grabadora. O, mejor, Marciano Vidal hablaba, porque yo únicamente preguntaba de vez en cuando para seguir la conversación. Por lo demás, mi trabajo no fue sino escuchar y aprender. Y durante ese tiempo que compartimos pude ver por momentos sus gestos de tristeza recordando algunos hechos, pero sobre todo su rostro de alegría al recordar su niñez en la familia, su infancia, sus compañeros, todo lo que ha pasado a lo largo de su vida... Pude ver, en definitiva, a un hombre de Dios que, a pesar de las dificultades –como decía Schillebeeckx– sigue siendo un teólogo feliz.

**PRIMERA PARTE**

**ORÍGENES, VOCACIÓN RELIGIOSA  
Y TEOLÓGICA**

–*Naciste el 14 de junio del año 1937 en San Pedro de Trones (León), que es un pueblo fronterizo entre León y Galicia. ¿En qué medida influye eso en tu persona?*

–Sí, nací en San Pedro de Trones, el último pueblo de la provincia de León lindando con Galicia, y creo que ese origen fronterizo me ha influido bastante. No sabría explicarlo bien, pero sospecho que ha influido porque a lo largo de mi vida he intentado ser un hombre de frontera, aunque eso a veces haya sido más deseo que realidad. Pero, aun así, hay un sustrato en mi trayectoria proveniente de esa condición geográfica. Hombre de frontera entre culturas, entre formas de pensar. Me parece que ese rasgo está de fondo presente en mi persona. Y hasta negativamente, si se puede hablar así, pues veo que no hay en mí una identidad precisa, ni geográfica, ni cultural, y menos, nacionalista. No hay un rasgo que haga decir de mí: «Este es teólogo gallego», o «este es teólogo castellano», o «este es teólogo vasco», o «este es teólogo catalán», sino que me abro a diversas opciones. Creo que eso lo da el haber nacido en un pueblo donde no hay, por una parte, una identidad neta, pero donde hay, por otra parte, varias identidades que confluyen.

–*¿Sigues teniendo vínculo con tu pueblo?*

–Por supuesto que sí. Voy con relativa frecuencia, aunque menos de lo que desearía. Pero aun así más de lo que se puede pensar en una persona que trabaja, en un teólogo. Los hermanos nos juntamos todos los años, al menos una

vez al año, para celebrar la vida, celebrando la eucaristía por los padres y por los hermanos y cuñadas fallecidos. Por lo tanto, al menos una vez al año nos juntamos todos. En Navidad también voy al pueblo. Y en verano casi seguro otra vez. Además, en todos los acontecimientos que lo requieren. En definitiva, hasta unas tres o cuatro veces al año me acerco al pueblo y me siento muy integrado en él, dado que también la gente del pueblo es muy cariñosa conmigo y con mi familia, también con mi hermano Senén, sacerdote.

Hubo una época, hace años, cuando yo era muy joven, en que del pueblo eran bastantes teólogos. No sé si tú te acuerdas del padre claretiano Domiciano Fernández, que fue un gran teólogo y un gran historiador de la teología. Y del padre Jesús Álvarez, también claretiano, que era un magnífico historiador de la vida religiosa, y que fue un gran profesor aquí, en Madrid, en el Instituto de Vida Religiosa, de los Padres claretianos. Estaba mi hermano Senén, de Sagrada Escritura; Primitivo Fernández, que era psicólogo; Felipe Fernández, sociólogo; y algunos otros más. Tanto es así que se decía que se podía hacer una especie de Facultad de Teología en nuestro pueblo. De los nombrados quedamos únicamente mi hermano Senén y yo; él acaba de publicar una edición del Nuevo Testamento con traducción y notas; además ha publicado diversos libros sobre los distintos escritos del Nuevo Testamento.

*–Creo que tu familia es bastante numerosa. ¿Cuántos hermanos sois?*

–Fuimos diez hermanos, y todos bien, gracias a Dios. Éramos dos hermanas (Sara y Antonia) y ocho hermanos (Gregorio, Rafael, Arsenio, Marciano, Gerardo, Senén, Lau-

delino y Cástor). Dos mujeres y ocho varones. Murieron las dos mujeres y ha muerto también otro hermano (Gerardo). Éramos una familia muy sencilla, de pueblo, vinculada a la pizarra, porque allí no se es labrador, sino que se es sencillamente *de la* pizarra. Por otra parte, mi padre estaba muy orgulloso de haber sacado una oposición a ser caminero: tuvo que ir a León a hacer esa oposición. Vivíamos de eso, de la paga oficial de mi padre y, después, del trabajo de mis hermanos en la cantera de pizarra.

*–Y varios de los hermanos sois religiosos...*

–Así es. Una religiosa, la mayor de todas, que ya murió, y que pertenecía a las josefinas trinitarias. Ella fue a Plasencia por razón de que en el pueblo había un sacerdote, don Ceferino García, que fue deán de la catedral de Plasencia y fue el que llevó a su sobrino, Felipe Fernández, al seminario de Plasencia; Felipe fue después obispo de Ávila y luego terminó en Tenerife. Sara –sor Delia en la vida religiosa– fue la hermana religiosa. Después Senén, que es operario diocesano, y yo mismo en los redentoristas.

*–Tres, que no es poco, no está nada mal. ¿Qué podrías decir, Marciano, sobre lo que le debes a tu familia, y en especial a tus padres, sobre todo en tu vocación religiosa?*

–Comenzando por mis padres –Faustino y Margarita–, yo creo que les debo, les debemos, como decimos siempre, mucho. Y yo tengo que corroborarlo. Les debo muchísimo. En primer lugar, haberme criado bien, y después una serie de valores básicos que han configurado mi identidad a lo largo de la vida.

De mi padre, el valor de la religiosidad, porque prácticamente en aquel entonces él era el que llevaba la vida

religiosa del pueblo. Era el sacristán, pero, como no había sacerdote, era él quien dirigía las prácticas religiosas fuera de la misa (en aquel entonces hasta se hacía el viacrucis los viernes de Cuaresma). Por tanto le debo a mi padre una religiosidad muy fuerte.

A mi madre le debo la laboriosidad, la entrega a la familia y al hogar. En el fondo, a los dos les debo el sentido del trabajo, la propensión a la sencillez, el valor de la nobleza, el decir la verdad en la medida en que se puede, aunque también hay que contar con que la verdad no se diga de forma muy agria, y también el sentido de la solidaridad. De los recuerdos más gratos que guardo es que en una familia sencilla, no digo pobre extrema, pero pobre, como era la nuestra, siempre que se hacía la matanza, nuestra madre cortaba lo que fuera para llevar a los más pobres del pueblo. Y a mí me tocó ir algunas veces a llevar a otros de lo poco que teníamos. Esa es la solidaridad que vivíamos en el pueblo, y estos son algunos de los valores que guardo de mis padres.

De mis hermanos también guardo ese sentido de la solidaridad heredado de nuestros padres, y la condición de que, aunque no haya mucho para repartir, lo poco que haya se tiene que compartir entre los muchos que somos. Ese es el sentido que me ha quedado hasta el día de hoy. Que hay muchos necesitados y que hay, por desgracia, poco que compartir, pero que debemos crear más solidaridad para que lo poco que haya se comparta mejor. Esto por lo que respecta a mis hermanos. Además tengo una relación de mucho cariño con todos. Con mis hermanos, con mis cuñadas (Maximiliana Corcoba, Benilde Corcoba, Teresa Rodríguez y las dos fallecidas: Rosa Calvet y María Consuelo Pérez) y también con mis sobrinos y resobrinos, que son muchos y por eso no te digo sus nombres.

–*Tal como acabas de decir, y además con tres hermanos religiosos, parece obvio que el papel de la religión en tu familia era muy importante. ¿Cómo se vivía en vuestra casa?*

–Efectivamente, la religión tuvo mucha importancia en nuestra niñez, en la de todos los hermanos. Yo recuerdo la franja temporal que me tocó; estoy en el centro, soy el quinto de los hermanos: conocí un poco lo anterior y lo siguiente. Y, por lo que recuerdo, había mucha religiosidad. Religiosidad en el sentido que tú puedes suponer en ese momento. Obviamente, los domingos, a misa era claro que íbamos. También se rezaba el rosario en familia todos los días. En Cuaresma hacíamos, si no todos los días, al menos los viernes, el viacrucis, dirigido por mi padre; íbamos en familia. Las visitas al Santísimo también eran frecuentes. Y además, en determinadas ocasiones, pero sobre todo los domingos por la mañana, hacíamos una lectura espiritual, que les tocaba hacer por orden a todos los hermanos. Era sobre libros religiosos de aquella época que se mantienen todavía en nuestra casa: *El año cristiano*, del padre Jean Croisset, que tradujo el benemérito padre José Francisco de Isla, jesuita, y otros libros de la espiritualidad de ese momento, que era sobre todo la espiritualidad de san Alfonso María de Ligorio. Todavía recuerdo que leíamos su *Práctica del amor*, *La preparación para la muerte*, y luego hacíamos las visitas al Santísimo por su libro.

Como ves, había mucha religiosidad y bastantes actos religiosos. Creo que la experiencia religiosa fue profunda, ya que todos los hermanos hemos permanecido de algún modo vinculados a esa manera de vivir la religión. Sabes bien que luego viene la siguiente generación, que es más fría, y la siguiente, que ni fría ni caliente, y las cosas ya empiezan a ser distintas.